

Jorge Gustavo Silva

## “Memorias de un Sobreviviente”

CARLOS PEZOA VELIZ (1)

### I

Como conocí a Pezoa Véliz.—Una Biblioteca-dormitorio.



UNA tarde, al regresar, sobre obscuro a nuestro pobre hogar de la Quebrada del Taqueadero, en Valparaíso (2), me doy cuenta de que hay allí una persona extraña.

(1) De entre el material mentalmente acumulado, en años y años, para las futuras «Memorias de un Sobreviviente», retiro y doy ahora a la estampa, a pedido de mi estimado amigo Domingo Melfi, mis recuerdos personales relacionados con la estada del difunto poeta Carlos Pezoa Véliz en Valparaíso.

(2) Pezoa Véliz cantará, poco después, a la casa de la Quebrada del Taqueadero, que fué tal vez su primer albergue hogareño en Valparaíso. Dedicada a la señora Dolores Endeiza de Silva, publica, en efecto, la sentida composición poética, en versos decasílabos yámbicos, que empieza:

« Junto a las peñas de las quebradas,  
« donde las aguas alborotadas  
« charlan de cosas sin ton ni son... »

Está riendo y hablando sonoramente, quizá con intencionada sonoridad.

Cuando se pone de pie, para la presentaeión, destaca una estatura más que mediana; unas piernas algo en esteva; ropas ajadas y nada nuevas ciertamente; zapatones bayos, raídos por el uso sin receso.

Rubios y ensortijados los cabellos; azules y como cansados los ojos, un diente de oro.

Víctor Domingo explica:

Acaba de toparse con él, en uno de sus vagabundeos solitarios por el malecón del Puerto.

Así se ha impuesto de que, por espacio de varias noches, ha estado haciendo compañía a los serenos, junto a las fogatas vigilantes, y durmiendo sobre un lecho de sacos y retobos.

Le ha llevado a nuestro hogar de ilusos luchadores por la vida—y por algo más—donde no ha de faltar (así lo esperamos) un asiento, ni un pedazo de pan...

Mientras comemos, queda planteado el gran problema: en la pequeña vivienda suburbana, no hay dormitorio, no hay cama, de que disponer para el improvisado huésped.

¿Habrá que dejar que se vaya a dormir, otra vez, «a la belle étoile»?

A él no le hace gracia la «fría» perspectiva; ni a nosotros la impotencia en que nos vemos de brindar al forastero el hospedaje a que el corazón nos llama.

De pronto, apunta una luminosa idea.

Víctor Domingo es escribiente de la Biblioteca de Marina.

Maneja las llaves de ella.

Hay, en la Biblioteca, sillones y sofás mullidos y confortables...

¿Por qué nuestro huésped no ha de reposar y dormir en ellos, en vez de tener que dar con sus huesos en algún escaño de la Gran Avenida o en un vagón de carga?

Dicho y hecho.

A eso de las diez y media de la noche, tres siluetas humanas van llegando a la puerta de la Biblioteca de Marina, sita en los bajos del edificio del Círculo Naval, es decir, en el mismo malecón marítimo; abren con sigilo; entran; sin hacer luz, buscan el más cómodo de los sofás; uno de esos hombres se tumba y arrellana en él, cuan largo es; los otros le cubren con abundancia de diarios y revistas; ahora salen éstos, ponen llave al macizo candado de hierro; y se alejan, discretos y satisfechos.

Roncando sobre el magnífico mueble «fiscal», de blandos resortes y fina cubierta de cuero marroquí; sordo al rumor de las ondas que se estrellan contra el pétreo murallón; en la sedante y sola compañía de los «amigos libros», el poeta Carlos Pezoa Véliz debe de haber dormido, en aquella lejana noche invernal del año 1903, el más grato y reparador de los sueños.

## II

Pezoa Véliz empieza a ganar dinero:  
cómo lo gana y cómo lo gasta.

Transcurren días, semanas, un mes, quizá...

Todas las noches, Víctor Domingo va a encerrarle en la Biblioteca; todas las mañanas va a sacarle del nocturno encierro, para llevarle a desayunar.

Entretanto, ¡qué zozobras!

Porque una denuncia, o una sospecha puede costar, al escribiente de la Biblioteca de Marina, la pérdida de su empleo... ¡Son \$ 83,33, con que mensualmente él contribuye al magro presupuesto familiar!

Porque el propio «huésped furtivo» de la Biblioteca de Marina puede—malgrado nuestras vivas recomendaciones y prohibiciones—provocar, con un fósforo o con una colilla de cigarro, un incendio que abrase todo el vasto edificio: Biblioteca, Círculo, Gobernación Marítima, todo, todo... (3).

Pezoa Véliz ha hecho conocimientos y relaciones.

Sus versos, leídos aquí y allá, vienen dándole nombradía y abriéndole camino.

Ha logrado conchabarse como agente para la

---

(3) Estoy evocando tiempos algo pretéritos. Del edificio en que funcionaba la Biblioteca de Marina—dormitorio del poeta Pezoa Véliz, por decisión del poeta Víctor Domingo Silva—ni el rastro queda. El mar mismo ha sido empujado unas cuantas cuadras adentro, por las llamadas «obras del puerto». La «Gran Avenida» de antes es ahora la «Avenida Brasil».

contratación de avisos económicos en el diario «El Chileno», tan popular a la sazón.

Ya se le oye formular con exaltadas palabras, propias de un hombre de imaginación, proyectos de hombre práctico.

Es uno de sus «lados flacos» creerse capaz de andar a las derechas; de poner en marcha negocios de gran vuelo; de competir, en el dispendioso disfrute de los goces mundanos, con los magnates del comercio, de la industria, de la Bolsa...

Quizá su clara inteligencia le permite concebir cabalmente posibilidades comerciales; combinaciones lucrativas; ideas fácilmente explotables.

Ya se sabe que otra cosa es realizar tales concepciones; perseverar en el empeño, cerrando mente y corazón a todo ensueño, y a toda ternura, o flaqueza, hacerse duro y dar duro, como Nietzsche quería; ser eso que, con tan elogiosa intención llaman comúnmente un «hombre práctico»...

(¡Los «hombres prácticos»! Cuán a menudo resultan, a la postre, siendo los menos prácticos y los más desgraciados de los hombres!).

No está, no, ciertamente, en la miseria, la garantía más adecuada de la alteza y de la independenciam de las almas. Pero tampoco lo está en el desordenado e insaciable afán de lucro.

Está—podríamos decirlo, con palabras, bien breves y bien acertadas, de Camille Mauclair—en haber alcanzado, y poder mantener, por medio del trabajo

honorable, un «relativo» y honorable desahogo económico.

¡La gran tragedia!

¡Toda una vida, a veces, toda una vida, luchando con el Destino, para ver la manera de asegurarse la libertad de pensar, de sentir, de expresarse, de asegurarse, sin forzoso abandono del cotidiano deber, el disfrute del «ocio fecundo»; de asegurarse la suprema facultad de ser uno mismo; de ser uno, verdaderamente, un hombre libre!

¡Ominosa y lamentable condición la del artista, del poeta, del escritor que no han querido, no han sabido, o no han podido romper a tiempo las ligaduras de la cadena servil!

Cuando se ha embolsicado buenos pesos, comparece Pezoa Véliz convertido en un «elegante».

De punta a cabo.

Se precia de ello, como se precia de ser un «buen mozo».

Algo le favorecen la crespa cabellera, entre de oro y de cobre; la blancura de la tez, siquiera prematuramente requiebrajada; la fisonomía, en general, de extranjero de rubia raza.

Mas le dura muy poco tal presentación escénica.

Uno o dos días después, ya están arrugadas las ropas, deformado el sombrero, venido a menos todo el conjunto.

Se hace famosa, entre los del grupo, esa suma facilidad con que envejece el indumento de Pezoa Véliz.

También su rostro.

Hoy está joven, lozano, rozagante.

Mañana andará todo mustio, mal ageestado, con arrugas de anticipada o temporal vejez. (4)

### III

Las «tácticas» de Pezoa Véliz.—«El joven Lunch».

He dicho que antes de conocerle el semblante le conocí la voz.

Por hábito, hablaba fuerte.

Hablaba fuerte por convencimiento de que eso hacía bien, contribuía a abrir paso en la vida, llamaba ventajosamente la atención sobre sí.

No por naturaleza, pues, sino por doctrina...

Si en la calle se avecinaban personas a quienes él podía tener interés en interesar, ya estaba Pezoa Véliz alzando la voz o entonándola para darle dulzura, sin hacerla perder la virisonancia.

---

(4) Persona responsable y bien informada, con cuya intervención ingresó Pezoa Véliz al diario «El Chileno», me ha suministrado noticias muy interesantes y hasta pintorescas, que alguna vez publicaré, pero que no caben aquí, dado que aquí estoy exponiendo mis recuerdos personales.

Diré sólo, que de esas informaciones resulta que, en efecto, Pezoa Véliz ganó dinero, mediante la contratación de «avisos con suscripciones semanales»; pero que en realidad el «hombre» que hacía el trabajo más fuerte y penetrante era socio suyo; joven de extraordinaria actividad y grande empuje; que más tarde desarrolló personalmente éste y otros negocios análogos, en Chile y fuera de Chile. Vive aún.

Porque Pezoa Véliz tenía muchas «mañas».

El llamaba «tácticas» a ciertos procedimientos que, a su juicio, propendían a imponer la propia personalidad; a manifestar superioridad; a dominar el conjunto social, grande o reducido.

«Tácticas», pues, para *subir*, según él.

Una de ellas, la de hablar fuerte, *ad hoc*.

Otra, el uso de determinadas modalidades en el acto de saludar.

El saludo, a mi ver, ha de ser manifestación de conocimiento personal, y, además, de agrado y simpatía.

Si no, el saludo no ha de ser.

Saludar para significar desprecio, para mortificar, para querer ofender, me ha parecido siempre, y sigue pareciéndome, además de poco cristiano y poco caballero, harto estúpido.

Aunque el estúpido sea persona que se crea, a sí misma, caballerosa y cristiana.

No pensaba, no procedía así Pezoa Véliz.

Al menos, en muchas ocasiones le oí desarrollar, acerca del sencillo y noble arte de saludar, otras teorías; le vi saludar de bien distinta manera.

Alguien—quizá un admirador—le alargaba la mano, con llaneza, cordialmente...

Pues, era cosa «táctica» (si ello venía al caso), estirar Pezoa Véliz la suya con ceremoniosa lentitud; y al apretón cordial responder con un cuasi ofensivo desasimiento...



—«Lo tactiquié»—decía Pezoa Véliz, en seguida, ufano y mordaz, a sus íntimos.

«Tactiquear» era, también, a un saludo sonriente y simpatizante, que se veía florecer en la acera de enfrente, contestar con una leve y fruncida inclinación de cabeza.

—Lo «tactiquié»...

Bueno para la ironía, para la sátira, para el epigrama; para hacer hirientes retruécanos con los nombres, con los apellidos, con los títulos de las obras literarias. Alberto Mauret Caamaño echa a circular (sin duda con la anhelosa expectación propia del autor primerizo), su libro «Alma». De palabra y por escrito, Pezoa Véliz lo rebautiza, incontinenti, con el nombre de «Alma...cén»; nombre que repite y repite, con escarnecedor encarnizamiento.

Mauret Caamaño fué en lo principal, poeta erótico. (Cualesquiera que sean las dimensiones que, al fin, le asigne la crítica—si es que hay una crítica real, imparcial y definitivamente consagradora—Mauret Caamaño quedará caracterizado, en nuestra literatura, como un poeta casi exclusivamente erótico).

(Eros, el Amor, su tema favorito; la fuente preferida de su inspiración).

Eso lo piensa y lo sabe muy bien Pezoa Véliz.

El cual, durante una charla en que se comenta la obra de Mauret Caamaño y las características de su personalidad, dice:

—Sí; Mauret Caamaño, siempre «tras... eros»...

Un poco forzado el juego de palabras.

Pero él basta para hacer ver cómo, mediante un énfasis oportuno, Pezoa Véliz supo transportar a Mauret Caamaño, desde lo alto del amor, que Eros simboliza, hasta la materialidad del amor...

Ingenio terriblemente mordicante.

Presentéle, en un paseo público, a un mi compañero de oficina, de apellido Lynch (difunto, ahora, como Mauret Caamaño, como el mismo Pezoa Véliz).

Desde ese momento, mi amigo fué, para él, despectivamente, el «joven Lunch».

Pero «el joven Lunch» era hartito hombrecito y no tenía muy buenas pulgas, que digamos.

Luego, pues, se fué amoscando con la «confianzu-  
dez» del poeta, con la iteración y reiteración del depresivo trastrueque de que éste hacía objeto a su ilustre apellido.

Así fué como una noche de bailoteo, en un salón de nombre (es la pura verdad) «El Apolo Araucano», se le encarachó el «joven Lunch» a Pezoa Véliz; con recias palabras le llamó al orden y le prohibió volver a permitirse bromitas con su apellido.

Tengo el vago recuerdo de haber, en alguna ocasión, visto a Pezoa Véliz con la cara marcada por trompicones y arañazos, que su malhadado modo zumbón y corrosivo le había conseguido...

## IV

«Buenos tiempos»... Viña del Mar.  
Los «chantaicitos». — Viajando en  
«chonchón».

Desde Valparaíso emprendió Pezoa Véliz uno o dos viajes hacia el norte salitrero, siempre en misión o comisión comercial-periodística: eso creo.

Debe de haber recogido buen dinero.

A su regreso se da buena vida.

Ocasiones hay en que se le puede tener, por su apariencia al menos, como «el hombre que ha llegado»; como el hombre que ha triunfado; como el hombre feliz.

Fugaz felicidad.

Por entonces ha de haber halagado sus oídos un como rumor de gloria.

Acaso es, por entonces, también cuando se manifiesta en Pezoa Véliz, con más fuerza, esa como enfermiza ansia de «meterse en sociedad», de «entrar», de «subir», que a menudo le acomete.

¡Loca fantasía de poeta, en cuerpo lleno de apetitos!

¡Ambición, por lo demás, menos común en los poetas mismos que en los llamados hombres prácticos, en los «nouveaux riches», como se dice ahora!

Un buen día tenemos a Pezoa Véliz en Viña del Mar.

Parece ser que primero es ahí periodista, a cargo de la «redacción general» de una de esas publicaciones

(que nunca faltan en pueblo alguno de cierta importancia) en cuyas columnas deben aparecer publicados los edictos judiciales, las peticiones mineras, las resoluciones y actas municipales...

El dueño y director de tal periódico, hombre de negocios ante todo, le ha cobrado cariño, y además ha comprendido que Pezoa Véliz puede ser su hombre: pluma fácil, voluntad bien dispuesta, pungentes necesidades, poco sueldo...

Redacta, pues, el poeta, editoriales, sueltos de crónica, prosa literaria, rimas galantes. Y—parte integrante y no secundaria de sus funciones—tiene también que redactar, de vez en cuando, su «chantaicito»...

—¿Su chantaicito?

—Sí.

De vez en cuando, el señor Grassi se desliza, con su suave paso de hombre gordo, hacia el escritorio del poeta-redactor.

Acabo de contratar un aviso comercial.

Habrá de publicarlo y de cobrar en seguida.

¡Un suertazo!

Mas eso no es todo.

El señor Grassi se ha comprometido también a publicar algún párrafo supernumerario, en «página de lectura» (como se dice en jerga periodística): una forma complementaria y gratuita de *réclame*.

A la sazón, viene incorporándose al lenguaje usual, entre nosotros, la palabra *réclame*, (que ahora pa-

rece definitivamente incorporada en él); y el bueno del señor Grassi la confunde con la palabra *chantage*, también francesa, y también recién llegada por entonces, pero de tan distinta significación.

Va, pues, el señor Grassi, a pedir a Pezoa Véliz que le haga, al tal avisador, un «*chantaicito*»; es decir, que le escriba un parrafito extraordinario de *réclame*.

Pezoa Véliz cumple con su deber, heroicamente.

¡Pero no sabe don Rómulo Grassi cuánto y con qué sarcasmo ríe de él el poeta, cada vez que el destino lo pone en la forzosa tarea de hacer tales *chantaicitos*!

En Viña del Mar Pezoa Véliz es también profesor de un instituto de educación.

Más tarde, o simultáneamente, prosecretario de la Alcaldía Municipal.

Se ha vinculado a un cierto personaje de mucho temple, que hace, o quiere hacer gran papel en «el vecino balneario»; que tiene muchos enemigos y quiere ganarse amigos y adeptos.

Pezoa Véliz se empeña en ayudarlo.

Escribe, organiza mítines; pronuncia discursos.

Hasta recibe rechiflas ruidosas, en esta empresa de solidaridad política...

Son días de agitado vivir para Pezoa Véliz.

No tiene ahora que inquietarse por el «pan de cada día»; pero ha de estar en continua batalla.

.....

Como a la una de la madrugada, tomo yo un tranvía que debe llevarme desde el Almendral al Puerto, donde moro.

Es una época casi perdida en el recuerdo de las generaciones de hoy.

Esos tranvías son «carritos de caballo»; y al que hace el servicio nocturno se le llama, popular y pintorescamente, «el chonchón».

Subo, pues, y entro al chonchón de la una de la madrugada, apenas alumbrado, desde el fondo, por una lámpara de parafina.

Un solo pasajero en él.

Caído hacia los ojos el tongo, alzado el cuello del vestón, duerme, o dormita, el único pasajero.

Bosteza, y se mueve, desperezándose.

Un reflejo del diente de oro lo delata...

—¡Pezoa!

—¡Compañero!

Entretenido con amigos o amigas, ha perdido el último tren que pudo llevarle a Viña del Mar.

Los recursos económicos no alcanzan para pagar a esas horas un carruaje.

Ni aun para una cama de hotel.

Total fundición.

La vuelta en tranvía, por todo el pueblo, toma algo más de una hora, y cuesta (tarifa nocturna) diez centavos.

Pezoa Véliz ha resuelto sin dilación el problema. Pasará la noche girando en el chonchón.

Terminada cada vuelta, le despertará el cobrador; pagará él otros diez centavos... y a seguir durmiendo.

## V

### Algunas modalidades literarias.

Favorece, sin duda, a la imparcialidad de los juicios literarios el que el crítico, al pronunciarse sobre determinada obra, no conozca al autor.

¡Pueden tanto la amistad, el fraternal compañerismo, la natural correspondencia a un cumplido o a un elogio!

En otras ocasiones, un choque de intereses o de vanidades; un chismecillo perturbador; una gratuita antipatía; un detalle personal cualquiera, ¡cómo mueven a injusta, a rabiosa, a trituradora apreciación de una obra, sin embargo meritoria!

Por mi parte, declaro que no voy a formular aquí juicio alguno literario: sólo voy a recordar ciertas modalidades literarias del poeta Pezoa Véliz.

Mis recuerdos me dicen que Pezoa Véliz no tenía la producción fácil, ni muy espontánea: anoto un hecho, sin que afirme o crea que haya, o no mérito en la facilidad o espontaneidad de la producción intelectual.

Me dicen también mis recuerdos que, acaso influido por un modo, o una moda, muy de la época, Pezoa Véliz se pirraba por las r i m a s r i c a s , aun a costa

o riesgo de la claridad y la naturalidad, o sencillez, de la expresión.

Tuve en mis manos, muchas veces, originales suyos.

Era frecuente, en ellos, que las puntas de los versos estuvieran escritas antes que los versos mismos: vocablos nada comunes, de raro y difícil ensamblamiento o aparejamiento.

Ved, en «El pintor pereza», a la cachimba de color coñac aparejada con el cronométrico tic-tac; al lápiz de familia F á b e r haciendo «pendant» con el olor a cadáver; y a «un puesto ad-hoc» que se enfrenta con un block...

Mis recuerdos me dicen, asimismo, que en Pezoa Véliz coincidían y pugnaban, de paradójal manera, un casi tiránico afán de refinamiento, en la vida y en la expresión literaria, y un propósito, no menos notorio y manifiesto, de ser pueblo y de ser el intérprete del alma y el pintor de las costumbres de su pueblo, del pueblo chileno.

Esa contradicción o antinomia, esa lucha entre el demos y el aristos, que se dejan ver en muchos de los poemas de Pezoa Véliz, en los que, tratando temas populares, criollos, campesinos, hace él lujo de vocablos suntuosos y hasta notoriamente rebuscados.

Nada más, en este párrafo.



## VI

Duro juicio de juventud.—  
«Doblemos la hoja...»

No piensa ni siente uno a los cuarenta años o más, como sintió o pensó a los veinte.

Ahora...

«Me lo explico todo, lo perdono todo: delito, pecado, flaqueza y error...»

Pero quien sabe qué influencias ascentrales, o de educación, me indujeron, antaño, a usar, para conmigo mismo y para con los demás, una «manga angosta» que ahora apenas me explico.

Las «malas partidas» de Pezoa Véliz; cierto maquiavelismo en él sin duda congénito; sus «mañas» de que antes hablé; todo eso me hizo cobrarle algún desvío; y hasta creo que en cierta ocasión en que las cosas han debido subir de punto, anuncié que le iba a castigar de hecho.

No entro en detalles.

Pero debo confesar que en una novelilla escrita en 1906 y publicada en 1909, al tratar la personalidad física y moral del chico Ruiz, me empeñé en utilizar rasgos de la de Pezoa Véliz.

«Hay gente mala por impotencia para el bien, por nativa maldad, como la hay buena por impotencia para

el mal; por natural e invencible disposición para hacer el bien...». Juan Antonio Ruiz era malo siempre, habitualmente, aun en la más sagrada intimidad, aun con sus mejores amigos. Tenía—es posible afirmarlo—la religión de la maldad, no sólo como culto mental, sino como invariable práctica de conveniencia que, según su opinión, favorecía a quien la ejercitaba, porque le conducía a la explotación de los buenos y a la atemorización de los menos audaces, de los menos malos... .

En estas líneas, yo debí de poner no poco de la «filosofía moral y práctica», que Pezoa Véliz disolvía, por modo espontáneo, en sus conversaciones y en su vida.

—«Este niño—dice, en la novelilla, Lucio Fernández, refiriéndose al chico Ruiz—debe de tener una terrible deuda de odio para con la humanidad».

«Era rencoroso, en efecto, sigue el autor, a modo de amplificador comentario. Era rencoroso con la vida. La suave, la inefable poesía de hacer bien, el vivir conforme al impulso de la conciencia, sin desoír su voz sincera, parecía serle desconocida. Así como era incapaz del bien, también era incapaz de agradecerlo. Todo favor que se le hiciera, aun en la más aflictiva de las circunstancias, pesaba como una carga molesta sobre sus hombros miserables. Todo servidor suyo de quien ya no necesitara, era su enemigo... ».

Sensible yo al áspero roce de una moral y de un temperamento que no se avenían con los míos, pero honrado y veraz a la vez, reaccioné, procurando «fijar»

en este esbozo la personalidad psíquica de Pezoa Véliz. Intenté, puedo decir, un retrato; quizá exageré; pero no inventé: no atribuí a Pezoa Véliz defectos que él no tuviera.

De esto hace ya treinta años.

Por lo demás, apenas creo necesario decir que siempre admiré y aplaudí las manifestaciones del verdadero talento; que siempre tuvo, en mi corazón, sitio preferido la poesía; que nunca fui capaz de bajas y mezquinas pasiones; que si a algún bellaco castigué, ello fué obra de justicia.

Doblemos la hoja.

## VII

Víctima de un terremoto.—Punto final.

El terremoto de 1906 sorprende, asusta y aplasta a Pezoa Véliz, en Viña del Mar.

De entre las ruinas de un edificio, extraen un cuerpo humano en ruinas: el del poeta Pezoa Véliz.

Está todo quebrado; se repone con lentitud; ha de usar muletas.

Una operación quirúrgica en algún órgano interno, agrava su penoso estado general.

Por amigos comunes sé de sus infortunios, de sus pobreza, de sus sueños.

.....  
 .....

Después de un banquete, vamos algunos años más tarde unos cuantos amigos a parar a una casa alegre...

Antes del banquete había yo retirado de la oficina postal un libro de poesías «con dedicatoria de autor»: (¿Magallanes Moure? ¿Pedro Prado? ¿Quién?).

Una de las mujeres se interesa por el libro...

—¿Tú eres poeta también?

—¿?

—Entonces tú debes de haber conocido a Carlitos Pezoa...

Hablamos, con seriedad, de su vida, de sus desgracias; de sus versos, de su muerte.

Le recuerdan con cariño enternecido, y como maternal.

Del Hospital había salido varias veces, en las mañanas dominicales, y, rengueando, rengueando, llegado hasta ellas.

Largas horas de charla, de bromas, de amistoso jugar a las cartas.

Mano abierta, dadivosa. Palabra dicharachera.

Almorzaba y hacía once allí.

Al caer la tarde, volvía, como un colegial, a recogerse.

—¡Tan bueno Carlitos! es el último comentario de las «buenas» mujeres. ¡Pobre poeta!

\* \* \*

... He ahí, caro amigo Melfi, evocadas y reunidas, a su pedido—con la máxima fidelidad que la distancia, en el tiempo, permite, y con la hombría y la sinceridad máximas—mis personales impresiones acerca de la vida y el modo del poeta Carlos Pezoa Véliz, tal como yo le conocí y le traté, desde su arribo a Valparaíso, hasta su regreso a Santiago, para la final partida.

Usted quiso que las escribiera.  
Helas ahí.

Santiago de Chile, febrero de 1936.